EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.

3	4	■	5	1	2	1 E	6	3	7	3
8	6	7	■	4	6	2 R	9	4	3	8
9	10	9	4	5	7	■	8	9	11	3
■	9	10	3	12	9	2	9	■	9	2
4	8	9	2	3	■	3	13	9	7	3
2	■	14	3	13	9	14	1	7	■	7
15	4	3	12	3	■	16	2	9	12	3
14	9	■	9	7	15	8	9	2	9	■
15	6	9	2	■	10	9	7	9	10	9
4	9	17	9	11	9	7	■	12	3	12
9	11	3	7	9	7	1	7	■	7	3

SOLUCION VIERNES

A	U	M	E	N	T	A	T	I	V	O
G	R	A	N	O	■	N	E	N	E	S
U	■	L	E	V	I	T	A	S	■	E
A	R	E	■	E	R	E	■	U	S	O
R	E	T	A	D	■	S	U	M	E	S
■	V	A	L	O	R	A	R	O	N	■
C	E	■	A	S	I	L	O	■	I	T
O	L	A	■	A	G	A	■	E	L	E
C	A	M	A	■	I	■	A	R	E	L
O	N	■	N	A	D	A	N	■	S	O
S	■	A	I	R	O	S	O	S	■	N

LA NECESIDAD DE VER EL MAR

Página/2/3

LA CHICA MAS LINDA DEL MUNDO

(Por Miguel Angel Molfino) Seamos sinceros, su ingreso al predio de la pileta fue sencillamente espectacular. Hasta ella, el sopor esponjoso del calor había logrado adormecernos en una dócil abulía de chapuzones carentes de interés. Nada nos hubiera conmovido: la irrupción de un camello o de una banda de gaiteros escoceses, como les digo, nos hubiera conmocionado tanto como escuchar una nueva alza del dólar. Con ella, todo fue distinto.

Sin más cortejo que una colorida toalla colgante de un brazo y un bolso de rafia o algo así que bamboleaba en su otra mano, entró al club (sin que ninguno de los presentes lo mereciera) la chica más linda del mundo.

Y con ella entró su cavadísima malla negra, su cintura imposible y ese elástico andar que debe usar sólo los domingos. Caminó en dirección de una reposera, inaccesible, envaneciendo su largo cuello, como alguien habituado a tener tratos con la inmortalidad. Con lentitud, tal vez fotocopiando alguna escena de una película francesa, acomodó sus pertenencias; libró sus ojos del anonimato de los anteojos oscuros y se estiró en la reposera, sabedora de que toda la pileta comprendía que se encontraba frente a la chica más linda del mundo. Era, sin duda, una atleta de la belleza.

Pensé vagamente que así habría sido toda su vida: una larga y extenuante militancia en la hermosura. La más linda del grado; luego, del curso; más tarde, de la facultad, y ese día, la más linda del mundo en la pileta de un club, en los arrabales de Occidente. Imaginé su dorado agobio, su pertinaz condena. Suelo simpatizar rápidamente con los estoicos y ella cargaba su cruz lo mejor que podía.

Cuando se dispuso a hipnotizar el sol con los ojos cerrados, un maduro bañista me codeó las costillas al tiempo que me confiaba buena parte de sus impresiones con un *tiene un lomo infernal*. Los dos nos hallábamos sentados al borde de la pileta y su exaltada estética estuvo a punto de mandarme a nadar un rato. No obstante, armé un rostro de extrema complicidad y le devolví, con voz de whisky y noche, un *es de locos*, frase que me impresionó por su lograda sencillez.

Dos o tres flacos, adulados por la presencia de la chica más linda del mundo, se vieron obligados a empujarse y a vociferar con desusada virilidad. Incluso, se zambullían ruidosamente y nadaban hasta perder el aliento. Otros, más impasibles, con punitivos ojos, alcanzaban la reposera de nuestra heroína. Tampoco pudo evitar la visión de la chica más linda del mundo una absorta mesa de mujeres donde desperezaban una loba, entre mates, galletitas dulces y críos que pedían upa. No adjetivaré, digo tan sólo que la miraron.

De pronto ella se movió. Es más, se reincorporó hasta sentarse. Y prodigiosamente, una vez más, la pileta quedó en vilo. La chica más linda del mundo simplemente cambiaba de posición para tostarse.

—Es la chica más linda de Sudamérica —aventuré ante mi desconocido compañero de borde de pileta—. ¡Escuchame! —se indignó—. ¡Es la piba más linda del mundo! —Y sonrió con sus parejos dientes, como si en ese preciso instante hubiera entrevisto algo angelical a la altura del trampolín vacío.

Ella, siempre lejana, miró su reloj pulsera. Quebró su indecible cintura en procura del bolso, se levantó y se encaminó hacia el vestuario. No regresó.

La pileta, poco a poco, recuperó el sopor, aunque de tanto en tanto, las miradas se dispararan sobre las puertas de acceso esperando un tardío milagro. Todo regresó a la abulia, a los chapuzones carentes de interés; los flacos se vieron desafectados de sus briosos esfuerzos musculares, mi compañero de borde de pileta se marchó para emborracharse de ping-pong; a las señoras que jugaban loba les fue deparado el mate tibio, ya sin masitas, y los críos que pedían upa ahora lloraban a moco tendido. Yo mismo creí advertir lo absurdo de existir al borde de una piscina, en esa hora y bajo el sol. Nada tenía sentido sin la chica más linda del mundo.

Por Mempo Giardinelli

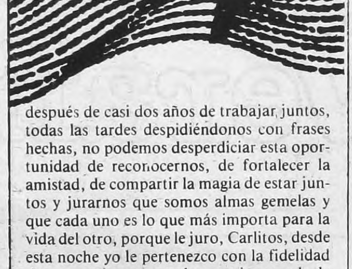
Para O. Ch. y C.Ll.

Le juro, Carlitos, no hay nada más hermoso y poético que caminar de noche, sin prisa, por las calles que uno quiere, luego de haber trabajado todo el día, y seducido por la posibilidad cierta, incitante, de pararse en una esquina para tomar una ginebrita acodado contra el estaño. Mire, uno se siente como elevado para habitar en otras órbitas, excitado como esas degeneraditas que andan por ahí cuando ven un padrillo alzado, en el campo, con semejante mercadería colgando. Y todo lo demás (lo demás es la casa de uno, las cuentas, la oficina, los viajes en micro y la andanada de preguntas que uno evita hacerse cada día) pierde sentido; o, en todo caso, lo readquiere pero de modo que todo eso deja de ser obsesionante y lo único que a uno le interesa es que el tiempo pase, la vaciedumbre mental, la probable neutralidad que otorga el alcohol cuando sube lentamente. Entonces, uno se va sintiendo liviano, breve, casi religioso. Y aparecen las ganas de ver el mar. Y ése es el mejor momento.

Para mí, en cambio, lo que usted propone, lo que describe es medio como un julepe, ¿sabe, Osiris? Me asaltan las inseguridades, tengo miedo de estar soñando y que la amistad sólo sea un espejismo provocado por la ginebra. Le digo: no me preocupan ni la Tota ni las nenas, ni el laburo que siempre llevo atrasado en la oficina, ni la suspensión que pende sobre mi cabeza como un sombrero invisible al que no le doy pelota. No, es algo más profundo: son miedos producto de mi ignorancia, de la cantidad de años que viví equivocado, de los negocios que no me salieron (la banca en la quiniela, el oficio de arbolito en Palermo, algunas otras cosas en el barrio de las que mejor no acordarme). Pero claro, todas son suposiciones intelectuales que no tienen sentido ante su invitación. Siempre hay una manera más sencilla de decir las cosas. Usted es amable, Osiris. La amabilidad es una cualidad que no siempre se valora en los amigos. Acepto.

Se acomodaron junto a la barra, entre un gordito de ojos semicerrados y un sujeto con cara de gallina que una vez por minuto perdía el equilibrio, se destartalaba, se recomponía y volvía a quedarse quieto, mustio, mirando fijamente la larga hilera de botellas de vino que estaba detrás del gallego que atendía. Osiris pagó las tres primeras ginebras, que bebieron en obstinado silencio, mientras Carlitos fumaba, tranquilo, pensando que lo verdaderamente agradable era estar así, sin pensar. Un rato después, luego de un informulado, tácito acuerdo, volvieron a la calle y caminaron hacia el centro porque Osiris dijo que en Viamonte y Carlos Pellegrini servían muy bien la ginebra, una expresión que Carlitos no entendió, ni se detuvo a analizar, porque confiaba en su amigo como un niño en su madre, sentía que lo quería entrañablemente y nada más le importaba.

Esa vez pagó Carlitos y bebieron cuatro copitas, mientras Osiris le explicaba que a lo largo de Carlos Pellegrini, y de su continuación, Bernardo de Irigoyen, conocía por lo menos siete bares donde servían una excelente ginebra. Quería invitarlo, desde luego, porque esa noche se sentía emocionado, vea,



después de casi dos años de trabajar juntos, todas las tardes despidiéndonos con frases hechas, no podemos desperdiciar esta oportunidad de reconocernos, de fortalecer la amistad, de compartir la magia de estar juntos y jurarnos que somos almas gemelas y que cada uno es lo que más importa para la vida del otro, porque le juro, Carlitos, desde esta noche yo le pertenezco con la fidelidad de una novia enamorada, o mejor, con la de un perro fiel.

Carlitos dijo: me abruma, Osiris, pero lo entiendo y vale la recíproca. Sellaron el pacto con una quinta ginebra, bebida más ceremoniosamente, y Osiris salmodió nuevamente la enumeración de los bares que conocía a lo largo de esa calle, codeó a Carlitos y salieron a la vereda. Caminaron lentamente, aspirando el aire de la noche, intercambiándose una calidez novedosa con la que combatían el implacable frío que caía sobre Buenos Aires, en pleno agosto, y se alejaron tomados del brazo, la mano de Osiris en el codo doblado de Carlitos, y éste fumando un cigarrillo mientras observaba la punta del obelisco y calculaba, infructuosamente, su altura.

Se detuvieron, puntuales, desprevenidos, en cada uno de los bares que propuso Osiris. Compartieron los pagos sin discutir, como hacen los amigos, hablaron del pasado de cada uno, reconociendo gustos y aficiones comunes, y se contaron historias de terceros, acaso convencidos de que se amaban y eso era todo, no hacía falta seducirse con monólogos brillantes, relatos extraordinarios y anécdotas asombrosas. Osiris, simplemente, habló de su vocación de solitario y del extraño modo que el destino tenía para relacionarlo con las mujeres. Se había casado tres veces. A su primera esposa, Carmen, la había conocido una noche, durante una recepción en la embajada de China, mientras bebía whisky escocés y comía canapés franceses. Detrás de él, una voz lo había subyugado. Tenía un timbre indescriptible, algo así como el zumbido del velo de un tábano, como el susurro de una multitud que ingresa a una cancha de fútbol, como el sincopado ritmo marcado por un tenor en el *allegro assai* de la novena sinfonía de Beethoven. No había querido darse vuelta; y si la voz se alejaba, él retrocedía, mientras se decía que debía conocer a esa mujer, a la que ya amaba más que a nada en el mundo. Un mes después, se casó con ella. Y luego de tres meses se separaron, porque usted comprenderá, Carlitos, que Carmen hablaba toda la mañana, toda la tarde, toda la noche, me volvía loco hablándome, y todo porque yo le había dicho que me gustaba su voz.

Un par de años después, una noche como ésta, salí a caminar y me metí en un piringundín de la calle Libertad. Era un sótano acogedor, tranquilo, había poca gente y sólo se escuchaba un piano, suavecito, emitiendo correctamente melodías de Cole Porter. Le juro que me sentía espléndidamente. De pronto, no lo va a creer, una voz gruesa, como un bajo femenino, empezó a tararear y hacer be-bop. Era como una cascada de agua que caía susurrando, un viento leve. No miré hacia el pequeño escenario. Pero cuando empezó a cantar *Sentimental Journey* creí que me volvía loco. Me puse de pie, caminé hasta otra mesa junto al escenario y me senté a escuchar. Alguien comentó que se llamaba Olga. Era la mujer más fea que usted se pueda imaginar: hasta tenía bigotes. Pesaba como un camión liviano. Pero uno cerraba los ojos y esa voz, cálida como ninguna, le hacía correr un frío por la espalda.

Cuando terminó de cantar, me fui, jurándome que volvería. Y así fue como me convertí en habitué de ese sótano. Durante una semana, me hice presente todas las noches. La voz de esa mujer me fascinaba: impostaba como los dioses, o como uno se imagina que los dioses deben impostar cuando cantan, si es que cantan. Pero al cabo de esa semana, tuve que viajar a Córdoba, por unos asuntos de la empresa para la que entonces trabajaba. Estuve afuera poco más de un mes. El día que regresé, por la noche, terminé de redactar mis informes y me dirigí al sótano. Olga cantó como nunca: cada tema era un himno. Ella misma estaba hermosa, imponente, segura como si hubiera sido la Fitzgerald presentándose en el Carnegie Hall. Cuando finalizó su actuación, descendió del escenario y caminó directamente hacia mi mesa. "Cuánto hace que no venía", me dijo. Y yo supe que estaba loco por ella.

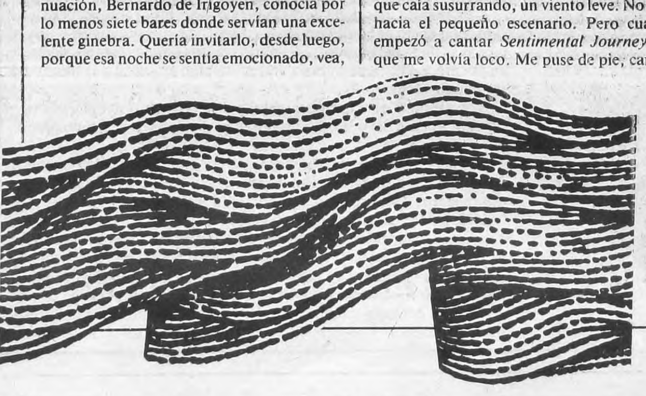
Llegaron a San Juan y Bernardo de Irigoyen. Después de dos ginebras, fueron juntos al baño y orinaron en silencio, mirando fijamente sus respectivos mingitorios. Osiris terminó primero, pero no se movió. Con una expresión preocupada y una voz ronca, que parecía un lamento, preguntó: ¿Usted se imagina, Carlitos, lo que son tres meses de vivir con una gorda bigotuda que canta todo el día, toda la tarde, toda la noche, que no hace otra cosa que cantar hasta que uno no sabe ni cómo se llama? Carlitos dijo que lo entendía, debía haber sido insoportable, a veces uno necesita silencio, también, quizá porque el silencio es una bella forma del amor. Y como Osiris se había quedado triste, se acercó, le puso una mano sobre el hombro, le dijo vamos Osiris y salieron del baño y caminaron hacia la calle.

El frío de la noche los reanimó. Hicieron algún comentario referido a las virtudes de la ginebra para contrarrestarlo, ignoraron a un sujeto de saco raído que se acercó, les pidió unas monedas para tomar algo caliente y les dijo compañeros, y siguieron andando, fieles a esa vereda, como empecinados en quererse más y más el uno al otro. En algún momento se abrazaron y Carlitos dijo que la verdad es que las mujeres lo complican todo, aunque estuvieron de acuerdo en que son necesarias. Osiris propuso, entonces, desviarse hasta la calle Lima, donde conocía un bar en el que servían la ginebra helada; le parecía interesante beber un par de ellas, para después tomar una caliente, con un cafecito, lo cual, estaba seguro, debía producir una inigualable sensación de bienestar. A Carlitos le pareció una idea brillante y se lo dijo.

Al llegar a Lima, Osiris meneó la cabeza afirmativamente, puso un dedo sobre el esternón de Carlitos y lo golpeó varias veces mientras decía Rosa María era peruana, a veces su recuerdo me persigue, me cagó la vida. Rosa María había sido su tercera mujer. Carlitos señaló el bar, en la mitad de la cuadra, y le dijo venga, Osiris, venga y cuente, pero no se me ponga triste, esta noche no, ¿no ve que somos felices?

Bebieron las dos ginebras heladas, se informaron de la técnica del patrón, quien conservaba la botella en un balde de hielo, como si fuera champán, y luego Osiris, con voz monótona, relató cómo había conocido a Rosa María, en un cóctel de despedida de fin de año que había ofrecido una importante agencia de publicidad. En cuanto uno llegaba, Carlitos, lo abarajaban con una fuente de empanadas minúsculas, rellenas con carne, papas y muchísimo picante, tan ricas como yo jamás había probado. Esas empanadas eran un poema, créame; sólo unas manos privilegiadas podían haberlas preparado: destilaban ternura, calor, aroma. Su sabor era como un perfume dulce que se impregnaba en el paladar. Uno tenía la sensación de que hasta masticaba con el cerebro. Me volví loco, Carlitos, me bajé como dos docenas. Y no pude resistirme a la tentación: sentí unos incontenibles deseos, una necesidad, una cierta desesperación por conocer a quien las había preparado. ¿Me entiende, Carlitos? ¡Tenía que verle las manos! Yo estaba enamorado de esa mujer, sin conocerla.

El patrón dijo "convido yo" y les sirvió otra vuelta. Estaba frente a ellos, acodado sobre el mostrador, escuchando atentamente el relato. Carlitos le pidió que bebiera con ellos. El hombre, sonriente, se atusó el bigote y se sirvió una copita. Improvisaron un brindis. Carlitos le explicó que hacía un montón de cuadras que venían compartiendo ginebras, que no había nada en toda esta





LA NECESI

LA NECESIDAD DE VER EL MAR

Por Mempo Giardinelli

Para O. Ch. y C.Ll.

Le juro, Carlitos, no hay nada más hermoso y poético que caminar de noche, sin prisa, por las calles que uno quiere, luego de haber trabajado todo el día, y seducido por la posibilidad cierta, incitante, de pararse en una esquina para tomar una ginebrita acodado contra el estaño. Mire, uno se siente como elevado para habitar en otras órbitas, excitado como esas degeneraditas que andan por ahí cuando ven un padrillo alzado, en el campo, con semejante mercadería colgando. Y todo lo demás (lo demás es la casa de uno, las cuentas, la oficina, los viajes en micro y la andanada de preguntas que uno evita hacerse cada día) pierde sentido; o, en todo caso, lo readquiere pero de modo que todo eso deja de ser obsesionante y lo único que a uno le interesa es que el tiempo pase, la vaciedumbre mental, la probable neutralidad que otorga el alcohol cuando sube lentamente. Entonces, uno se va sintiendo liviano, breve, casi religioso. Y aparecen las ganas de ver el mar. Y ése es el mejor momento.

Para mí, en cambio, lo que usted propone, lo que describe es medio como un julepe, ¿sabe, Osiris? Me asaltan las inseguridades, tengo miedo de estar soñando y que la amistad sólo sea un espejismo provocado por la ginebra. Le digo: no me preocupan ni la Tota ni las nenas, ni el laburo que siempre llevo atrasado en la oficina, ni la suspensión que pende sobre mi cabeza como un sombrero invisible al que no le doy pelota. No, es algo más profundo: son miedos producto de mi ignorancia, de la cantidad de años que viví equivocado, de los negocios que no me salieron (la banca en la quiniela, el oficio de arbolito en Palermo, algunas otras cosas en el barrio de las que mejor no acordarme). Pero claro, todas son suposiciones intelectuales que no tienen sentido ante su invitación. Siempre hay una manera más sencilla de decir las cosas. Usted es amable, Osiris. La amabilidad es una cualidad que no siempre se valora en los amigos. Acepto.

Se acomodaron junto a la barra, entre un gordito de ojos semicerrados y un sujeto con cara de gallina que una vez por minuto perdía el equilibrio, se destartalaba, se recomponía y volvía a quedarse quieto, mustio, mirando fijamente la larga hilera de botellas de vino que estaba detrás del gallego que atendía. Osiris pagó las tres primeras ginebras, que bebieron en obstinado silencio, mientras Carlitos fumaba, tranquilo, pensando que lo verdaderamente agradable era estar así, sin pensar. Un rato después, luego de un informulado, tácito acuerdo, volvieron a la calle y caminaron hacia el centro porque Osiris dijo que en Viamonte y Carlos Pellegrini servían muy bien la ginebra, una expresión que Carlitos no entendió, ni se detuvo a analizar, porque confiaba en su amigo como un niño en su madre, sentía que lo quería entrañablemente y nada más le importaba.

Esa vez pagó Carlitos y bebieron cuatro copitas, mientras Osiris le explicaba que a lo largo de Carlos Pellegrini, y de su continuación, Bernardo de Irigoyen, conocía por lo menos siete bares donde servían una excelente ginebra. Quería invitarlo, desde luego, porque esa noche se sentía emocionado, vea, después de casi dos años de trabajar juntos, todas las tardes despidiéndonos con frases hechas, no podemos desperdiciar esta oportunidad de reconocernos, de fortalecer la amistad, de compartir la magia de estar juntos y jurarnos que somos almas gemelas y que cada uno es lo que más importa para la vida del otro, porque le juro, Carlitos, desde esta noche yo le pertenezco con la fidelidad de una novia enamorada, o mejor, con la de un perro fiel.

Carlitos dijo: me abruma, Osiris, pero lo entiendo y vale la recíproca. Sellaron el pacto con una quinta ginebra, bebida más ceremoniosamente, y Osiris salmodió nuevamente la enumeración de los bares que conocía a lo largo de esa calle, codeó a Carlitos y salieron a la vereda. Caminaron lentamente, aspirando el aire de la noche, intercambiándose una calidez novedosa con la que combatían el implacable frío que caía sobre Buenos Aires, en pleno agosto, y se alejaron tomados del brazo, la mano de Osiris en el codo doblado de Carlitos, y éste fumando un cigarrillo mientras observaba la punta del obelisco y calculaba, infructuosamente, su altura.

Se detuvieron, puntuales, desprevenidos, en cada uno de los bares que propuso Osiris. Compartieron los pagos sin discutir, como hacen los amigos, hablaron del pasado de cada uno, reconociendo gustos y aficiones comunes, y se contaron historias de terceros, acaso convencidos de que se amaban y eso era todo, no hacía falta seducirse con monólogos brillantes, relatos extraordinarios y anécdotas asombrosas. Osiris, simplemente, habló de su vocación de solitario y del extraño modo que el destino tenía para relacionarlo con las mujeres. Se había casado tres veces. A su primera esposa, Carmen, la había conocido una noche, durante una recepción en la embajada de China, mientras bebía whisky escocés y comía canapés franceses. Detrás de él, una voz lo había subyugado. Tenía un timbre indescriptible, algo así como el zumbido del velo de un tábano, como el susurro de una multitud que ingresa a una cancha de fútbol, como el sincopado ritmo marcado por un tenor en el *allegro assai* de la novena sinfonía de Beethoven. No había querido darse vuelta; y si la voz se alejaba, él retrocedía, mientras se decía que debía conocer a esa mujer, a la que ya amaba más que a nada en el mundo. Un mes después, se casó con ella. Y luego de tres meses se separaron, porque usted comprenderá, Carlitos, que Carmen hablaba toda la mañana, toda la tarde, toda la noche, me volvía loco hablándome, y todo porque yo le había dicho que me gustaba su voz.

Un par de años después, una noche como ésta, salí a caminar y me metí en un piringundín de la calle Libertad. Era un sótano acogedor, tranquilo, había poca gente y sólo se escuchaba un piano, suavecito, emitiendo correctamente melodías de Cole Porter. Le juro que me sentía espléndidamente. De pronto, no lo va a creer, una voz gruesa, como un bajo femenino, empezó a tararear y hacer be-bop. Era como una cascada de agua que caía susurrando, un viento leve. No miré hacia el pequeño escenario. Pero cuando empezó a cantar *Sentimental Journey* creí que me volvía loco. Me puse de pie, caminé hasta otra mesa junto al escenario y me senté a escuchar. Alguien comentó que se llamaba Olga. Era la mujer más fea que usted se pueda imaginar: hasta tenía bigotes. Pesaba como un camión liviano. Pero uno cerraba los ojos y esa voz, cálida como ninguna, le hacía correr un frío por la espalda.

Cuando terminó de cantar, me fui, jurándome que volvería. Y así fue como me convertí en habitué de ese sótano. Durante una semana, me hice presente todas las noches. La voz de esa mujer me fascinaba: impostaba como los dioses, o como uno se imagina que los dioses deben impostar cuando cantan, si es que cantan. Pero al cabo de esa semana, tuve que viajar a Córdoba, por unos asuntos de la empresa para la que entonces trabajaba. Estuve afuera poco más de un mes. El día que regresé, por la noche, terminé de redactar mis informes y me dirigí al sótano. Olga cantó como nunca: cada tema era un himno. Ella misma estaba hermosa, imponente, segura como si hubiera sido la Fitzgerald presentándose en el Carnegie Hall. Cuando finalizó su actuación, descendió del escenario y caminó directamente hacia mi mesa. "Cuánto hace que no venía", me dijo. Y yo supe que estaba loco por ella.

Llegaron a San Juan y Bernardo de Irigoyen. Después de dos ginebras, fueron juntos al baño y orinaron en silencio, mirando fijamente sus respectivos mingitorios. Osiris terminó primero, pero no se movió. Con una expresión preocupada y una voz ronca, que parecía un lamento, preguntó: ¿Usted se imagina, Carlitos, lo que son tres meses de vivir con una gorda bigotuda que canta todo el día, toda la tarde, toda la noche, que no hace otra cosa que cantar hasta que uno no sabe ni cómo se llama? Carlitos dijo que lo entendía, debía haber sido insoportable, a veces uno necesita silencio, también, quizá porque el silencio es una bella forma del amor. Y como Osiris se había quedado triste, se acercó, le puso una mano sobre el hombro, le dijo vamos Osiris y salieron del baño y caminaron hacia la calle.

El frío de la noche los reanimó. Hicieron algún comentario referido a las virtudes de la ginebra para contrarrestarlo, ignoraron a un sujeto de saco raído que se acercó, les pidió unas monedas para tomar algo caliente y les dijo compañeros, y siguieron andando, fieles a esa vereda, como empecinados en quererse más y más el uno al otro. En algún momento se abrazaron y Carlitos dijo que la verdad es que las mujeres lo complican todo, aunque estuvieron de acuerdo en que son necesarias. Osiris propuso, entonces, desviarse hasta la calle Lima, donde conocía un bar en el que servían la ginebra helada; le parecía interesante beber un par de ellas, para después tomar una caliente, con un cafecito, lo cual, estaba seguro, debía producir una inigualable sensación de bienestar. A Carlitos le pareció una idea brillante y se lo dijo.

Al llegar a Lima, Osiris meneó la cabeza afirmativamente, puso un dedo sobre el esternón de Carlitos y lo golpeó varias veces mientras decía Rosa María era peruana, a veces su recuerdo me persigue, me cagó la vida. Rosa María había sido su tercera mujer. Carlitos señaló el bar, en la mitad de la cuadra, y le dijo venga, Osiris, venga y cuente, pero no se me ponga triste, esta noche no, ¿no ve que somos felices?

Bebieron las dos ginebras heladas, se informaron de la técnica del patrón, quien conservaba la botella en un balde de hielo, como si fuera champán, y luego Osiris, con voz monótona, relató cómo había conocido a Rosa María, en un cóctel de despedida de fin de año que había ofrecido una importante agencia de publicidad. En cuanto uno llegaba, Carlitos, lo abarajaban con una fuente de empanadas minúsculas, rellenas con carne, papas y muchísimo picante, tan ricas como yo jamás había probado. Esas empanadas eran un poema, créame; sólo unas manos privilegiadas podían haberlas preparado: destilaban ternura, calor, aroma. Su sabor era como un perfume dulce que se impregnaba en el paladar. Uno tenía la sensación de que hasta masticaba con el cerebro. Me volví loco, Carlitos, me bajé como dos docenas. Y no pude resistirme a la tentación: sentí unos incontenibles deseos, una necesidad, una cierta desesperación por conocer a quien las había preparado. ¿Me entiende, Carlitos? ¡Tenía que verle las manos! Yo estaba enamorado de esa mujer, sin conocerla.

El patrón dijo "convido yo" y les sirvió otra vuelta. Estaba frente a ellos, acodado sobre el mostrador, escuchando atentamente el relato. Carlitos le pidió que bebiera con ellos. El hombre, sonriente, se atusó el bigote y se sirvió una copita. Improvisaron un brindis. Carlitos le explicó que hacía un montón de cuadras que venían compartiendo ginebras, que no había nada en toda esta parte del mundo como la ginebra para estrechar una amistad y que no pensaban variar de bebida porque las costumbres que unían a los verdaderos amigos debían ser pocas pero arraigadas. Osiris estuvo de acuerdo y dijo: Carlitos, usted es un filósofo. Brindaron nuevamente, los tres, y el patrón preguntó qué pasó con esa mujer, cómo era, ¿la conoció?; y Osiris dijo sí, claro, me casé con ella aunque era diez años mayor que yo y sólo medía un metro veinte y fue la que más me duró, como tres años, porque era una cocinera formidable, también hacía un locro que era para terminar en cuatro patas y pidiendo perdón, y un carnero a la huancayaqueña que si usted lo probaba después no le hacía falta conocer nada más en el mundo; pero la macana era que aparte de cocinar no sabía hacer nada, usted me entiende, nada de nada, y encima a todas las comidas les ponía mucho picante, vea, en esos años engordé veinticinco kilos, desde entonces soy tan gordo, y me quedó el hígado a la miseria.

Cuando salieron de ese bar, luego de despedirse del patrón con el mismo afecto con que se saludan las tías viejas, Osiris aseguró que había hablado mucho, discúlpeme Carlitos, a veces uno se embala y no se da cuenta, pero Carlitos dijo no faltaba más, ha sido un placer escucharlo, y caminaron sin rumbo hasta que llegaron a Plaza Constitución y reconocieron que estaban cansados. Se sentaron en un banco y miraron cómo los micros giraban en torno de la plaza, como si ellos fueran el centro de una calesita gigantesca, hasta que Osiris dijo qué bien se está acá, ¿no, Carlitos? y Carlitos dijo sí, pero hace frío, yo necesito otra ginebra, muchas, porque tengo miedo de que me empiecen a joder los recuerdos. Entonces se pusieron de pie y caminaron por Juan de Garay hasta que encontraron un bar cuyos vidrios estaban empañados o sucios (un punto que discutieron brevemente), y finalmente ingresaron y pidieron ginebras, mientras Carlitos hablaba de su recuerdo más querido, aquel 17 de octubre del 45 cuando se apareció la vieja y me dijo Carlitos hay que ir a la plaza a ver si lo sueltan al coronel, y yo no entendía nada, era un muchacho que sólo se entusiasmaba con las minas y el escolazo, pero me fui con la vieja y con toda la gente de la pensión; había uno que se llamaba Ruiz, que tocaba un bombo que no sé de dónde lo había sacado, y otro, Josecito, que armó un cartel con un palo de escoba y una foto de Perón, y todos cantaban y gritaban y todo el país estaba en las calles, vea, Osiris, había una fe bárbara en esa gente, de modo tal que yo supe que desde entonces y para siempre sería peronista.

Osiris lo miraba, asintiendo, y cuando vio los ojos húmedos de Carlitos dijo pero qué cosa, carajo, qué maravilla, a mí me pasó lo mismo en el 33, cuando murió Yrigoyen, mire, yo era un pendejo así y el viejo me dijo vení Osiris que vas a ver lo que es el pueblo, y me llevó al entierro del Peludo y ahí estaba todo el mundo, llorando su muerte, mirando con bronca para los costados porque estaba lleno de milicos por todas partes, si hasta parecía que la gente había salido a la calle nada más que para manifestar su repudio a los justistas oligarcas, mire si habrá sido grande Yrigoyen que hasta en la muerte arrastraba a las multitudes.

Se quedaron en silencio durante un rato, bebiendo, lenta, perseverantemente, una copita tras otra. Carlitos preguntó si era feliz, y Osiris pensó un rato, movió la cabeza y dijo que si había interrogantes para los que no tenía respuesta, ése era uno de ellos, que lo único que podía decirle era que en ese momento, circunstancialmente, se sentía el hombre más feliz de la tierra y que sólo le faltaba ver el mar para largarse a llorar de felicidad. Carlitos se entusiasmó y juró que era verdad, que si pudieran ver el mar en ese momento todos los problemas de su vida se esfumarían, porque el mar purifica los espíritus, según creo haber leído por ahí, y debe ser cierto, seguramente lo que sucede es que cuando uno lo mira adquiere una exacta dimensión de sí mismo, el mar es una manera de demostrarnos qué pequeños somos. Osiris terminó otra copita y sentenció: un filósofo, usted es un filósofo, Carlitos, mientras Carlitos, como si no lo hubiera oído, continuaba diciendo que el mar era un espejo que devolvía el verdadero tamaño de los hombres, y Osiris dijo qué grande, y los dos dijeron a coro qué ganas de ver el mar, al mismo tiempo que Carlitos se dirigía al petiso que atendía el mostrador para pedirle otra vuelta de ginebra.

Cuando estuvieron servidos nuevamente, Osiris enarcó las cejas y, soltando un eructo, puso una mano sobre el brazo de Carlitos: Necesito verlo —aseguró, convencido de que era el único tema de que se podía hablar en todo el país—, necesito sentir el agua salada en la boca, que me corran las gotas de mar por las comisuras, se bifurquen en mi barba y caigan sobre mi panza. Carlitos lo miró, asombrado, y comentó puta, es cierto, a mí me pasa lo mismo, qué macana que Buenos Aires no tenga mar, es lo que siempre digo: ésta es una ciudad adorable pero es una ciudad vacía, a quién se le habrá ocurrido fundar semejante ciudad sin mar, es una injusticia, eso es lo que pienso, pero Osiris seguía mirándolo, sin verlo, y repetía sentir el gusto del mar, el gusto salado del mar, necesitamos ir ahora mismo, Carlitos, tenemos que ir al mar.

Pagaron la consumisión y salieron, presurosos, sosteniéndose para evitar los tropiezos que les imponía el alcohol, y caminaron dos cuadras, buscando la estación terminal de alguna compañía de transportes, hasta que Osiris señaló, triunfante, con un dedo y dijo allá está, Micromar. Compraron pasajes a Mar del Plata en el primer ómnibus de la medianoche, uno que partía veinte minutos más tarde. Aprovecharon la espera, eufóricos como niños que se van de vacaciones, para beber otra copita, brindaron por el afecto que se tenían, por el deseo de que Buenos Aires algún día tuviera mar, por Perón, por Balbín, por las tres mujeres de Osiris, por el encanto de las noches de invierno y por la fidelidad de la ginebra, esa multifacética novia de los hombres que están solos. Antes de partir, Osiris sugirió que Carlitos debía avisarle a la Tota, pero Carlitos sonrió, dijo subamos nomás y después le explicó que ella no podría entenderlo, que él no sabría convencerla por teléfono, que las mujeres jamás pueden entender estas cosas y que él se había enamorado hacía muchos años pero sabía que había circunstancias imposibles de compartir con ella. Y que en última instancia estaba ansioso y feliz y le importaba un carajo de la Tota.

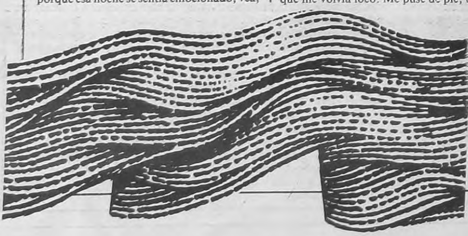


Viajaron tomados de la mano, mirando cada tanto el ensombrecido paisaje de la noche sobre la campiña. Bebieron varias copas de ginebra en cada una de las paradas del ómnibus —Chascomús, Dolores, Maipú— y finalmente arribaron a Mar del Plata, sin haber dormido, ojerosos pero alegres, confiados, apenas con las corbatas flojas y los sobretodos desprendidos. En la vereda de la estación terminal estiraron los brazos, soltaron algunas breves carcajadas y aspiraron, ruidosamente, el aire que venía de las playas. Caminaron a la máxima velocidad que les permitía la torpeza, agitados, tropezando alguna veces; mientras hacían comentarios acerca de la claridad que se insinuaba sobre el mar.

Al fin llegaron, acezantes, y se pararon en la Rambla. Contemplaron la inmensidad del horizonte, alertados, envueltos en un silencio extraordinario. De pronto, Osiris abandonó su quietud y comenzó a caminar lentamente hacia la orilla, mientras musitaba qué increíble, qué increíble, y Carlitos lo seguía, sin poder contener las lágrimas. Se metieron hasta que el agua les cubrió los zapatos, los tobillos, olvidados del frío del amanecer, respirando estrepitosamente, conmovidos por la emoción, y Osiris quiso agacharse, cautelosamente, pero enseguida comprendió que le sería imposible, por el tamaño de su panza y por la borrachera. Entonces Carlitos le dijo permítame y se inclinó para atrapar una pequeña ola con la mano, dejó que el agua retornara y le empapara totalmente el puño y después se irguió. Miró a Osiris y le acercó la mano a la boca. Metió sus dedos entre los dientes y le mojó la lengua. Chupe, Osiris, chupe, le rogó, temblando, lloroso, mientras Osiris jugueteaba con la lengua y exclamaba, con los ojos cerrados y la voz quebrada por su propio llanto, qué maravilla, compañero, qué maravilla.

Buenos Aires 1974 / México 1979

Tomado de Cuentos, Antología personal, *Editorial Punto Sur.*





parte del mundo como la ginebra para estrechar una amistad y que no pensaban variar de bebida porque las costumbres que unían a los verdaderos amigos debían ser pocas pero arraigadas. Osiris estuvo de acuerdo y dijo: Carlitos, usted es un filósofo. Brindaron nuevamente, los tres, y el patrón preguntó qué pasó con esa mujer, cómo era, ¿la conoció?; y Osiris dijo sí, claro, me casé con ella aunque era diez años mayor que yo y sólo medía un metro veinte y fue la que más me duró, como tres años, porque era una cocinera formidable, también hacía un locro que era para terminar en cuatro patas y pidiendo perdón, y un carnero a la huancayaqueña que si usted lo probaba después no le hacía falta conocer nada más en el mundo; pero la macana era que aparte de cocinar no sabía hacer nada, usted me entiende, nada de nada, y encima a todas las comidas les ponía mucho picante, vea, en esos años engordé veinticinco kilos, desde entonces soy tan gordo, y me quedó el hígado a la miseria.

Cuando salieron de ese bar, luego de despedirse del patrón con el mismo afecto con que se saludan las tías viejas, Osiris aseguró que había hablado mucho, discúlpeme Carlitos, a veces uno se embala y no se da cuenta, pero Carlitos dijo no faltaba más, ha sido un placer escucharlo, y caminaron sin rumbo hasta que llegaron a Plaza Constitución y reconocieron que estaban cansados. Se sentaron en un banco y miraron cómo los micros giraban en torno de la plaza, como si ellos fueran el centro de una calesita gigantesca, hasta que Osiris dijo qué bien se está acá, ¿no, Carlitos? y Carlitos dijo sí, pero hace frío, yo necesito otra ginebra, muchas, porque tengo miedo de que me empiecen a joder los recuerdos. Entonces se pusieron de pie y caminaron por Juan de Garay hasta que encontraron un bar cuyos vidrios estaban empañados o sucios (un punto que discutieron brevemente), y finalmente ingresaron y pidieron ginebras, mientras Carlitos hablaba de su recuerdo más querido, aquel 17 de octubre del 45 cuando se apareció la vieja y me dijo Carlitos hay que ir a la plaza a ver si lo sueltan al coronel, y yo no entendía nada, era un muchacho que sólo se entusiasmaba con las minas y el escolazo, pero me fui con la vieja y con toda la gente de la pensión; había uno que se llamaba Ruiz, que tocaba un bombo que no sé de dónde lo había sacado, y otro, Josecito, que armó un cartel con un palo de escoba y una foto de Perón, y todos cantaban y gritaban y todo el país estaba en las calles, vea, Osiris, había una fe bárbara en esa gente, de modo tal que yo supe que desde entonces y para siempre sería peronista.

Osiris lo miraba, asintiendo, y cuando vio los ojos húmedos de Carlitos dijo pero qué cosa, carajo, qué maravilla, a mí me pasó lo mismo en el 33, cuando murió Yrigoyen, mire, yo era un pendejo así y el viejo me dijo vení Osiris que vas a ver lo que es el pueblo, y me llevó al entierro del Peludo y ahí estaba todo el mundo, llorando su muerte, mirando con bronca para los costados porque estaba lleno de milicos por todas partes, si hasta parecía que la gente había salido a la calle nada más que para manifestar su repudio a los justistas oligarcas, mire si habrá sido grande Yrigoyen que hasta en la muerte arrastraba a las multitudes.

Se quedaron en silencio durante un rato, bebiendo, lenta, perseverantemente, una copita tras otra. Carlitos preguntó si era feliz, y Osiris pensó un rato, movió la cabeza y dijo que si había interrogantes para los que no tenía respuesta, ése era uno de ellos, que lo único que podía decirle era que en ese momento, circunstancialmente, se sentía el hombre más feliz de la tierra y que sólo le faltaba ver el mar para largarse a llorar de felicidad. Carlitos se entusiasmó y juró que era verdad, que si pudieran ver el mar en ese momento todos los problemas de su vida se esfumarían, porque el mar purifica los espíritus, según creo haber leído por ahí, y debe ser cierto, seguramente lo que sucede es que cuando uno lo mira adquiere una exacta dimensión de sí mismo, el mar es una manera de demostrarnos qué pequeños somos. Osiris terminó otra copita y sentenció: un filósofo, usted es un filósofo, Carlitos, mientras Carlitos, como si no lo hubiera oído, continuaba diciendo que el mar era un espejo que devolvía el verdadero tamaño de los hombres, y Osiris dijo qué grande, y los dos dijeron a coro qué ganas de ver el mar, al mismo tiempo que Carlitos se dirigía al petiso que atendía el mostrador para pedirle otra vuelta de ginebra.

Cuando estuvieron servidos nuevamente, Osiris enarcó las cejas y, soltando un eructo, puso una mano sobre el brazo de Carlitos: Necesito verlo —aseguró, convencido de que era el único tema de que se podía hablar en todo el país—, necesito sentir el agua salada en la boca, que me corran las gotas de mar por las comisuras, se bifurquen en mi barba y caigan sobre mi panza. Carlitos lo miró, asombrado, y comentó puta, es cierto, a mí me pasa lo mismo, qué macana que Buenos Aires no tenga mar, es lo que siempre digo: ésta es una ciudad adorable pero es una ciudad vacía, a quién se le habrá ocurrido fundar semejante ciudad sin mar, es una injusticia, eso es lo que pienso, pero Osiris seguía mirándolo, sin verlo, y repetía sentir el gusto del mar, el gusto salado del mar, necesitamos ir ahora mismo, Carlitos, tenemos que ir al mar.

Pagaron la consumisión y salieron, presu-



rosos, sosteniéndose para evitar los tropiezos que les imponía el alcohol, y caminaron dos cuadras, buscando la estación terminal de alguna compañía de transportes, hasta que Osiris señaló, triunfante, con un dedo y dijo allá está, Micromar. Compraron pasajes a Mar del Plata en el primer ómnibus de la medianoche, uno que partía veinte minutos más tarde. Aprovecharon la espera, eufóricos como niños que se van de vacaciones, para beber otra copita, brindaron por el afecto que se tenían, por el deseo de que Buenos Aires algún día tuviera mar, por Perón, por Balbín, por las tres mujeres de Osiris, por el encanto de las noches de invierno y por la fidelidad de la ginebra, esa multifacética novia de los hombres que están solos. Antes de partir, Osiris sugirió que Carlitos debía avisarle a la Tota, pero Carlitos sonrió, dijo subamos nomás y después le explicó que ella no podría entenderlo, que él no sabría convencerla por teléfono, que las mujeres jamás pueden entender estas cosas y que él se había enamorado hacía muchos años pero sabía que había circunstancias imposibles de compartir con ella. Y que en última instancia estaba ansioso y feliz y le importaba un carajo de la Tota.

Viajaron tomados de la mano, mirando cada tanto el ensombrecido paisaje de la noche sobre la campiña. Bebieron varias copas de ginebra en cada una de las paradas del ómnibus —Chascomús, Dolores, Maipú— y finalmente arribaron a Mar del Plata, sin haber dormido, ojerosos pero alegres, confiados, apenas con las corbatas flojas y los sobretodos desprendidos. En la vereda de la estación terminal estiraron los brazos, soltaron algunas breves carcajadas y aspiraron, ruidosamente, el aire que venía de las playas. Caminaron a la máxima velocidad que les permitía la torpeza, agitados, tropezando alguna veces; mientras hacían comentarios acerca de la claridad que se insinuaba sobre el mar.

Al fin llegaron, acezantes, y se pararon en la Rambla. Contemplaron la inmensidad del horizonte, alertados, envueltos en un silencio extraordinario. De pronto, Osiris abandonó su quietud y comenzó a caminar lentamente hacia la orilla, mientras musitaba qué increíble, qué increíble, y Carlitos lo seguía, sin poder contener las lágrimas. Se metieron hasta que el agua les cubrió los zapatos, los tobillos, olvidados del frío del amanecer, respirando estrepitosamente, conmovidos por la emoción, y Osiris quiso agacharse, cautelosamente, pero enseguida comprendió que le sería imposible, por el tamaño de su panza y por la borrachera. Entonces Carlitos le dijo permítame y se inclinó para atrapar una pequeña ola con la mano, dejó que el agua retornara y le empapara totalmente el puño y después se irguió. Miró a Osiris y le acercó la mano a la boca. Metió sus dedos entre los dientes y le mojó la lengua. Chupe, Osiris, chupe, le rogó, temblando, lloroso, mientras Osiris jugueteaba con la lengua y exclamaba, con los ojos cerrados y la voz quebrada por su propio llanto, qué maravilla, compañero, qué maravilla.

Buenos Aires 1974 / México 1979

Tomado de Cuentos, Antología personal, *Editorial Punto Sur.*

DAD DE VER EL MAR

GENTILEZA EDITORIAL PLANETA





el PERICH

EL ENIGMA DE LA EDAD DE PIEDRA

		DEIDAD					RIQUEZA					ARMA				
		Fuego	Luna	Lluvia	Sol	Viento	Abrigos	Alimentos	Maderas	Ríos	Salinas	Arco	Honda	Lanza	Mangual	Maza
TRIBU	Agricultores															
	Cazadores															
	Pastores															
	Pescadores															
	Tramperos															
ARMA	Arco															
	Honda															
	Lanza															
	Mangual															
	Maza															
RIQUEZA	Abrigos															
	Alimentos															
	Maderas															
	Ríos															
	Salinas															

En pleno siglo XX, una nave descendió en un diminuto planeta habitado por seres que aún vivían en estado primitivo, similar a nuestra Edad de Piedra. Deduzca a qué deidad adoraba cada tribu, cuál era su mayor riqueza y cuál su arma característica.

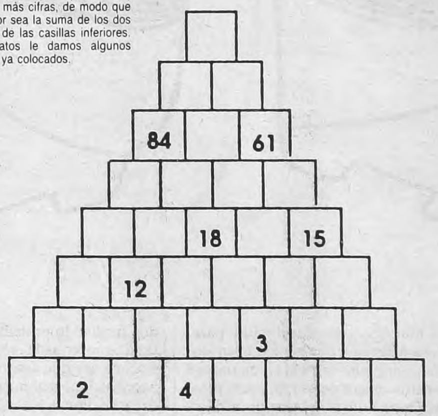
1. El hechicero de los que veneraban al viento hacía esparcir tierra de una tumba en torno de las aldeas de los agricultores y los que poseían maderas, creyendo que así caerían en profundo sueños para atacarlos impunemente. Con los que tenían hondas no se atrevían, dada la puntería de éstos.
2. También el brujo de otra tribu, de los tramperos, celebraba sus ritos para atraer la suerte. Las otras tres tribus, (aquellos cuya heredad) eran los abrigos, los que combatían con maza y los que reverenciaban a la luna), carecían de hechiceros.
3. Alternándose en los embates, los que deificaban al fuego y los pescadores protagonizaban las batallas más encarnizadas. De ambos, los armados con lanza eran más salvajes que aquellos que lo hacían con el mangual.
4. Los pacíficos pastores jamás atacaban, pero se defendían admirablemente. Sus armas eran temidas por los que atesoraban maderas y por aquellos otros que idolotraban al sol, mientras que los que lidiaban con arcos no se atrevían con ellos.
5. Quienes soportaban más acometidas eran los que disponían de alimentos. Sus batallas, provocadas por los de la maza, los del mangual y los de la tribu devota del viento, eran cruentas.
6. Los tramperos, los agricultores y los que atacaban con arcos vivían en la comarca norte. En el sur lo hacían quienes adoraban la lluvia y los belicosos poseedores de alimentos.
7. La tribu que habitaba la región de los ríos y la que agredía con arcos lograron su propósito de embestir y eliminar a las tribus rivales.



INGENIO

PIRAMIDE DE NUMEROS

Complete la pirámide anotando en cada casilla un número (incluso el 0) de una o más cifras, de modo que cada valor sea la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos le damos algunos números ya colocados.



SOLUCION

291/157-134/84-73-61/43-41-32-29/
29-20-23-18-14-15/8-12-11-7-7-8/3-5-
7-4-3-4-4/1-2-3-4-0-3-1-3.

Agricultores, sol, ríos, maza.
Cazadores, viento, salinas, arco.
Pastores, lluvia, abrigos, honda.
Pescadores, Luna, alimentos, lanza.
tramperos, fuego, maderas, mangual.